

Las conservas de la memoria: aromas y sabores de una comunidad vulnerada por el conflicto armado

Kelly Paola Álvarez Duque*
Alejandra Medina Villada**
Luz Adriana Mosquera Rengifo***

Resumen

Este artículo se deriva del trabajo de grado “Memorias sinestésicas: lenguajes y escenarios de vida en la comunidad panelera (El Junco) del corregimiento de Portachuelo en Amalfi - Antioquia”, el cual tuvo como objetivo configurar escenarios de memoria sensibles y sinestésicas a través del diálogo y creaciones artísticas (Álvarez, Medina y Mosquera, 2021), mediante la producción de panela como un estimulante para la gestación de relatos. Para ello, nos centramos en el enfoque de investigación sensible (Urueña, 2021), en la cual se privilegian los sentidos y las sensibilidades de los participantes como activadores de la memoria.

Palabras clave: memorias, conflicto, comunidad, sabores, colores y sinestesia.

Abstract

This article is derived from the work of degree “Synesthetic memories: languages and scenarios of life in the panelera community (El Junco) of the Portachuelo district in Amalfi - Antioquia”. It aimed to configure sensitive and synesthetic memory scenarios through dialogue and artistic creations, by producing panela as a stimulant for the gestation of stories. For this, we focus on the sensitive research approach (Urueña, 2021), in which the senses and sensitivities of the participants are privileged as activators of memory (Álvarez, Medina y Mosquera, 2021).

Keywords: memory, conflict, community, flavours, colours, synesthesia.

Introducción

El siguiente trabajo partió de los principios epistémicos de *Investigación Sensible* (Urueña, 2021), es decir, nació de la necesidad de hacer un acercamiento a la realidad más perceptible. El poder sentir, tocar, oler, ver, es lo que nos permitió configurar escenarios significativos para recoger relatos de memoria a través de las voces y sentires de los habitantes del corregimiento de Portachuelo, específicamente de los trabajadores del trapiche El Junco. Las narraciones aquí recopiladas dieron cuenta de experiencias, anécdotas y, sobre todo, hechos de violencia. Para esto se plantearon ejercicios que surgieron a partir de la sinestesia y en los que depositaron la

* Licenciada en Español y Literatura de la Universidad de Antioquia. Maestra en el Centro de Investigaciones Educativas y Pedagógicas (CIEP), de la Universidad de Antioquia, sede Amalfi

** Licenciada en Español y Literatura Universidad de Antioquia. Maestra en territorio regional Amalfi.

*** Licenciada en Español y Literatura Universidad de Antioquia. Maestra en territorio regional Amalfi.

confianza los participantes para hablar sobre el triste pasado que asedió a la comunidad.

En igual medida, este trabajo deja ver la necesidad de hablar sobre el conflicto armado amalfitano desde perspectivas diferentes, puesto que este trabajo recoge relatos de memoria desde el sentir. Asimismo, es por esto que la investigación toma mucha relevancia, debido a que, gracias a la sinestesia, el recordar, a partir de la mezcla de los sentidos, se puede vivir la experiencia de manera diferente. Además, esta propuesta se encuentra transversalizada por los conceptos de memoria, sinestesia, sentido y metáfora que hacen reflexionar y darles un nuevo significado a los relatos de memoria de los habitantes.

Referentes teóricos

El principal campo conceptual que acompaña esta propuesta está enfocado en la significación de la memoria como un fenómeno sinestésico, el cual parte de un individuo, quien dispone de sus conexiones fisiológicas con las que produce sentido y significado de un algo, y termina en la configuración de significaciones sociales y culturales. Por ello, los enfoques teóricos más relevantes se enmarcaron en tres aspectos. En primer lugar, el presupuesto epistémico nombrado por Lotman (1996), *Semiosfera*, nos ha posibilitado comprender cómo las sociedades construyen sus formas de vida y sus maneras de dar sentido a la misma, de acuerdo con los signos que hacen parte de su ambiente cultural o llegan a transformar las prácticas establecidas. Esto se logra gracias al mecanismo de traducción, denominado por este autor como *frontera*, el cual “es un mecanismo bilingüe que traduce los mensajes externos al lenguaje interno de la semiosfera” (Lotman, 1996, p. 14) para dar significado a las experiencias de vida.

Para esta investigación, se asume la frontera como un entretejido de sensibilidades que se traducen en un lenguaje propio: en metáforas visuales, olfativas, orales, corpóreas y plásticas de la memoria. Las fronteras que se establecen entre quienes vivieron el hecho de violencia son las tensiones semióticas que hacen posible la generación de un lenguaje en común, con el cual los campesinos no solo comprenden el fenómeno en sí —la

violencia—, sino que también le otorgan un lugar en sus vidas. Estas metáforas son el núcleo de los procesos de semiotización que se dan dentro de la comunidad para entender qué tanto ha cambiado su vida antes y después del hecho de violencia (el adentro y el afuera de una comunidad atravesada por la guerra).

Por otro lado, los estudios sobre los sentidos y la sinestesia que proponen Howes y Classen (2014), Le Breton (2009) y Ackerman (1990), nos permiten vislumbrar cómo estos se convierten en detonantes que activan la memoria y nos facilitan conectarnos con el pasado para revivir recuerdos impregnados de olores, sabores, colores y texturas; además, cómo las precepciones sensoriales que surgen de la fisiología humana parten, igualmente, de la orientación cultural que configura los significados que se tienen sobre el mundo.

En este aspecto, vemos la sinestesia como una dimensión multifacética y nos interesamos en una perspectiva cultural y simbólica que nos permite mirar más allá de construcciones y modelos históricos, para explorar otras maneras en que los sentidos nos facultan para conectarnos con el entorno de manera sensible, porque, como lo afirma Ackerman, (1990), “no hay modo de comprender el mundo sin detectarlo antes con el radar de los sentidos. [...] Lo que se halla fuera del alcance de los sentidos quedará necesariamente ignorado” (p. 13).

Finalmente, los planteamientos de Lakoff y Johnson (1986) nos acercan a la metáfora vista como un recurso que usamos en la cotidianidad para construir nuestras propias ideas y conocimientos. La postura de este autor nos demuestra que esta, más allá de ser un ornamento que embellece el texto escrito, es un recurso cognitivo que construye relaciones de sentido entre las personas para comprender y expresar determinadas situaciones.

La propuesta que se quiso plantear concibe la metáfora como la base principal para la construcción de los relatos de memoria, y como aquella que brinda el soporte al fenómeno sinestésico contenido en ellos. Cuando se entrecruzan los sentidos e intervienen en nuestras acciones nos dan la posibilidad de crear significados a partir del uso de la metáfora, dado que este recurso enriquece la descripción

y percepción de la realidad y nos deja expresar de manera indirecta o a través de comparaciones la verdadera esencia de lo que se piensa, lo que muchas veces un lenguaje directo no podría alcanzar.

Metodología

Para el desarrollo de esta metodología nos fundamentamos en los planteamientos que ofrece la investigación sensible (Classen y Howes, 2014; Urueña, 2021), la cual propone un acercamiento al trabajo con las sensibilidades y experiencias de las personas para vincularlo con la cultura e historia de quienes participan en la investigación. En este caso, a través de encuentros comunitarios se rescataron relatos de memoria a raíz de las experiencias sensibles en el marco del proyecto. Así, podemos decir que la investigación sensible procede del sentir, y en palabras de Urueña (2021):

No se puede elaborar una hipótesis de investigación si primero no se logra comprender el alcance de los sentidos para la delimitación de la experiencia del investigador. Es decir, se necesita sentir la práctica y la comunidad en donde se desarrolla el trabajo de campo, antes de la formulación de un primer punto de partida en clave de interrogante de investigación. [...] La pregunta deconstruye el lugar como las prácticas del sujeto que habitan, y por tanto co-existen, con una comunidad. Es en este punto donde la inquietud y el asombro retoman su carácter significativo para el diseño de nuevas manifestaciones de la experiencia humana. (p.1)

El diseño de esta investigación se construyó a partir de los tres componentes de este enfoque: pregunta ontológica, modalización e introspección (Urueña, 2021). Estos se convierten en una base de formación analítica, con la cual logramos construir los relatos y metáforas que devienen de estas apuestas epistémicas en torno a las memorias sensibles del corregimiento de Portachuelo.

Momento 1

Pensando la pregunta ontológica: en este primer momento creamos los interrogantes que surgieron no solo de la inquietud de las investigadoras, sino del acercamiento que se tuvo con la comunidad.

Estos nos permitieron descubrir los colores, sabores, olores, texturas y formas que tienen las historias de vida de los integrantes del trapiche El Junco.

Para Urueña (2020) la pregunta ontológica se define como la inquietud que referencia un sentido y la adherencia a un(os) universo(s) en particular:

La pregunta, además de estar construida en una metáfora, (de)construye, se coloca en reflexión para sí misma y la condición de quien la formula. Se cuestionan los acontecimientos estimulantes, aquellos a los que se accede a través de la capacidad sensorial que dispone el organismo vivo, y se reelaboran para encontrar cambio de significación que, a su vez, elaboran el sentir de quien busca crear y existir. (p. 22)

Momento 2

Modalizando la metáfora por trabajar: en este proceso nos dimos cuenta de que las vivencias y los conceptos tienen olores y sabores, además se manifiestan a través de metáforas; por ejemplo, para un habitante de Portachuelo el conflicto huele a sangre y sabe a hiel. Estas maneras de representar el conflicto se expresan mediante diversos objetos y materias los cuales modalizan la creación para llegar a la memoria, uno de ellos, los panelarios¹, ya que fueron las formas de conservar las memorias del pasado que en ocasiones fueron dulces y en otras amargas. Las metáforas que se crean en cada uno de estos momentos se conservan y se sustentan en los relatos de los participantes.

Momento 3

Propiciando la introspección mediante la creación: el proceso para llegar a la introspección empieza con la pregunta ontológica que se modaliza en colores, formas, texturas, sabores y olores. Estos modos dan paso a la creación de las metáforas que dan lugar al relato, las cuales posibilitan reflexionar sobre el pasado y lo que ha significado en la vida de cada participante. Los resultados del ejercicio nos

¹ Creación que nace de este proyecto el cual se conforma con diferentes elementos como la panela, plantas aromáticas, esencias, etc., que se guardan en un frasco de vidrio para almacenar y alimentar la memoria y los recuerdos.

permitieron visibilizar las huellas de un pasado que sigue latente, además, de descubrir nuevas formas de significación de la realidad.

Instrumentos de recolección

Para la exploración de estos diseños metodológicos, empleamos el taller como mediador de los encuentros con las experiencias sensibles. Este contribuyó a crear una estrategia para potenciar espacios de acompañamiento para que la comunidad, a partir de preguntas ontológicas, construyera y recuperara sus memorias, y la importancia que esto desempeña en un ejercicio colectivo. Por esta razón, nos interesó la mirada que propone Ander-Egg (1991) sobre la conceptualización del taller, considerando que se ajusta a una función colectiva. Para él:

El taller es una palabra que sirve para indicar un lugar donde se trabaja, se elabora y se transforma algo para ser utilizado. Aplicado a la pedagogía, el alcance es el mismo: se trata de una forma de enseñar y, sobre todo, de aprender, mediante la realización de “algo”, que se lleva a cabo conjuntamente. Es un aprender haciendo en grupo. (p.10)

Los talleres que se realizaron estuvieron mediados por la panela y la sinestesia, teniendo en cuenta que este producto al ser propio de la región, contribuyó de manera significativa para que los habitantes expresaran sus sentimientos. El proceso creativo de los panelarios se desarrolló en dos fases, en las cuales se llevaron a cabo los tres momentos de la investigación sensible.

Fase 1

Observación y participación con la comunidad alrededor de sus experiencias sensibles: En esta fase se llevó a cabo un ejercicio de observación con el objetivo de entrar en contacto con la comunidad para conocer sus dinámicas de producción de panela como forma de hacer memoria. Además, se sostuvo un acercamiento con los aromas y sabores que las personas perciben de Portachuelo, los cuales permitieron establecer un vínculo fraterno para reflexionar alrededor de sus memorias. De acuerdo con lo planteado, para Guter (2019) la observación participante

permite recordar, en todo momento, que se participa para observar y que se observa para participar, esto es, que involucramiento e investigación no son opuestos sino partes de un mismo proceso de conocimiento social. En esta línea, la observación participante es el medio ideal para realizar descubrimientos, para examinar críticamente los conceptos teóricos y para anclarlos en realidades concretas, poniendo en comunicación distintas reflexividades. (p. 22)

Fase 2

Diálogo de sabores, olores y saberes: La degustación y aromatización de la panela para activar relatos de vida en medio de la creación sinestésica.

En esta fase se buscó propiciar conversaciones entre los paneleros y las investigadoras, con el fin de comprender el alcance de sus sentidos alrededor de los relatos de la memoria. De esta manera, se postuló el diálogo como un espacio donde se configura el departir y el crear como una forma de degustar, de oler y percibir la memoria de cada participante. El resultado final conllevó a la reflexión sobre lo que cada integrante vivió en el proceso de creación.

Una propuesta dialógica lleva a promover y fortalecer los lazos vinculares y nocionales, ello aporta en la reconstrucción del tejido social, ya que se parte de la necesidad de reconocimiento de sujetos sociales diferentes en sus particulares espacios de acción. Al asumir el diálogo de saberes como enfoque y acción estamos ganando en reflexividad sobre procesos, acciones, historias y territorialidades que condicionan potenciando u obstaculizando el quehacer de personas, grupos o entidades. (Ghisso, 2000, p.11)

Resultados

Los resultados de esta investigación se obtuvieron en los relatos de memoria de los habitantes del corregimiento, que surgieron en la creación de los panelarios que guardan los aromas y los sabores que sanan. Esta creación artística y sinestésica estuvo mediada por preguntas ontológicas, que impulsaron el compartir de saberes y un acercamiento a la historia de la comunidad a través de sus sabores, olores y colores.

Tabla 1. Resultados de la experiencia en la creación de los panelarios

Pregunta ontológica	Relatos de los habitantes de Portachuelo
¿Por qué se conservan los recuerdos?	El chocolate y el café me recuerdan la falta de mi madre que me ayudó a salir adelante y me dio fuerza y valor para ser lo que soy hoy en día. A ella le encantaba tostar café y hacer bolas de chocolate cuando estaba pequeño. (P. Correa, comunicación personal, 15 de marzo de 2021)
	El chocolate me recuerda esos días en que mi mamá nos lo daba por la mañana antes de irnos para el colegio. Su olor y su sabor dulce siempre me han gustado. El chocolate también me recuerda las pelus que ella me daba y que me gustaría dejar atrás. A pesar de eso, yo no le guardo ningún rencor. (Y. Arango, comunicación personal, 15 de marzo de 2021)
	A uno le da verraquera hablar de esas cosas, pero a nosotros los viejos nos tocaron tiempos muy duros, aquí ya no sorprendía que a fulanito lo mataran, pero sí daba mucha tristeza, mucha zozobra. A uno no le entraba ni una aguapanela con tanta cosa que pasaba, todo era amargo (P. Correa, comunicación personal, 15 de marzo de 2021).
	“La panela me gusta porque he compartido con muchas personas en el trabajo. En la casa tampoco nos puede faltar una aguapanela con limón, con chocolate. Nos ha ayudado económicamente al sustento de la familia” (Y. Tamayo comunicación personal, 15 de marzo de 2021).
¿Qué aromas y sabores tiene la memoria?	En mi casa se quemaba mucho el eucalipto con el incienso. Mi mamá hacía ese ritual para limpiar la casa y alejar las malas energías (...). Es como un olor a familia, siempre me recuerda a mi mamá, a esos rituales que maneja ella. Significan amor, limpieza, vida, pero también mucha nostalgia. (E. Ríos, comunicación personal, 8 de septiembre de 2021)
	Estos olores de las plantas aromáticas con la panela me devuelven a mi infancia. Crecí en El Junco, rodeada de muchas de estas plantas y de panela, me traen buenos recuerdos porque era una época donde vivías sin preocupaciones, eras libre corriendo por los campos, yendo al trapiche a comer panela con tus amigos. Fue la mejor etapa. (E. Manco, comunicación personal, 8 de septiembre de 2021)
	Al trabajar en este taller con aromáticas recuerdo a la yerbatera de mi madre y el solar de nuestra casa. Cultivaba todo tipo de hierbas aromáticas que nos suministraba cuando a alguno de nosotros le surgía cualquier malestar, dolor de estómago, acidez, nervios y cualquier tipo de dolencia simple, que pronto sanaba con su farmacia natural. Son cosas que ya casi no se ven y es triste ver como se pierden las cosas que hacían con tanto amor las mamás. (O. Villegas, comunicación personal, 08 de septiembre de 2021)
¿A qué olía el corregimiento de Portachuelo y cuáles eran sus colores?	Olía a sangre, sus colores eran el rojo de la sangre derramada en las calles y caminos de Portachuelo, y el negro del miedo y zozobra con el que se vivía antes y por el luto de todos sus muertos causado por la violencia. (E. Manco, comunicación personal, 9 de septiembre de 2021)
	Portachuelo olía a sangre, a violencia, a temor de circular por nuestras calles, tenía colores grises y rojos. (P. Correa, comunicación personal, 9 de septiembre de 2021).
	Olía a sangre, a violencia, a miedo, a temor. Tenía colores grises y tristes. (Y. Arango comunicación personal, 9 de septiembre de 2021).

Pregunta ontológica	Relatos de los habitantes de Portachuelo
¿Qué sabor tenía el corregimiento de Portachuelo?	El pasado de Portachuelo lo considero con un sabor agridulce por tantos conflictos y tantos problemas que desintegraron la comunidad y el temor de vivir en este lugar. (M. Arango, comunicación personal, 9 de septiembre de 2021).
	Sabe a violencia, a sangre, amargura, desintegración, desunión, ya que solo se escuchaban los lamentos de la comunidad por todo lo que sucedía. Aunque ha pasado tanto tiempo no deja de ser melancólico, triste, por tantas cosas malas que suceden en este lugar. (P. Correa, comunicación personal, 9 de septiembre de 2021)
	La panela sabe a fuerza, a ganas de salir adelante, a superación, porque a pesar de haber vivido la violencia tan de cerca, la superaron y aún siguen luchando por una mejor calidad de vida. (E. Ríos, comunicación personal, 9 de septiembre de 2021).
¿Puede ser la panela un olor de paz?	Hoy día se puede caminar libre por sus calles, sin el temor de encontrar chorros de sangre. Hoy se ha recuperado un poco la tranquilidad, la esperanza de ser un mejor territorio. Hoy sus colores se sienten con más brillo, sus olores se sienten con más fuerza, ese olor a caña de azúcar, a panela, olores que llenan de tranquilidad y nos llenan de esperanza. (E. Manco, comunicación personal, 9 de septiembre de 2021)
¿Por qué se maceran los recuerdos?	La carta llegó a las seis de la tarde debajo de la puerta, tenía tres horas para salir. Y hacía ocho días había rescatado a mi hijo mayor, quién apenas tenía trece años. Todo esto pasó porque no permití que mi hijo fuese parte de ese grupo armado. Al rayar la panela y observar cómo se deshace me recuerda esos duros momentos, porque yo tenía mi trapiche, yo buscaba a la gente de la cuadra y nos íbamos a moler, nosotros hacíamos miel porque no teníamos fondos. Entonces, eso lo hace recordar a uno. Uno de los que nos hizo daño llegó donde yo estaba pidiéndome ayuda porque lo iban a matar. Yo cuando lo vi le dije que si también nos iba a sacar de aquí, y dijo: “No mujer, vengo a pedirle perdón y que me deje quedar dos días acá. Usted sabe, vieja, el que juzga será juzgado, y a mí me juzgaron muy duro, me mataron a mi hijo, violaron a mi hija y a mi mamá la golpearon y nadie me quiere ayudar”. Yo lo recibí, duró tres días y se fue porque la hija lo llamó y se hizo cargo de él. A veces me llama y me dice: “Gracias a usted yo estoy vivo todavía”. (M. Arango comunicación personal, 9 de septiembre de 2021)

Discusión y conclusiones

La conserva como signo de memoria

¿Por qué se conservan los recuerdos?

Para los habitantes del corregimiento de Portachuelo, la memoria se revive a través de los olores, los sabores y las formas que se descubren a través de la conversación, el encuentro y el compartir. Para ellos, la memoria se aviva por el hecho de haber permanecido siempre conservada en las historias cotidianas, en el trabajo de los pobladores y en los paisajes que los han rodeado en todo

su trayecto. Sin embargo, aunque la memoria nunca ha muerto para esta comunidad, sí ha vivido en un incesante letargo que se ha prolongado inusualmente, lo cual hizo que la región pierda interés por los sucesos acaecidos en el pasado, especialmente aquellos que han sido causados por una violencia que parece no tener un fin.

Conversar alrededor de un *convite* o un *condumio* fue un escenario para que los habitantes de este corregimiento compartieran un alimento, pero también un recuerdo que se ha manifestado en la memoria con las sensaciones y sentimientos despertados por medio de los olores y los sabores. Para don Pedro

Correa (2021), trabajador del trapiche El Junco, los recuerdos también se han conservado cargados de nostalgia por los que ya no están, pero es innegable que alimentarlos con nuevas miradas genera valentía para continuar. Así lo mencionó él cuando a través del chocolate y el café activó el recuerdo de su madre, quien ya no está; y recuerda cómo en su infancia ella disfrutaba tostar el café y hacer bolas de chocolate. La imagen presente en este saber con sabor y olor fue aquello con lo que pudo acoger el coraje para salir adelante.

De igual manera, para Yorladis Arango (2021), trabajadora del trapiche El Junco, estos mismos alimentos contienen historias de infancia que marcaron positiva o negativamente, lo cual deja descubrir cómo las acciones tomadas con y sobre otros dejan huellas en nuestra memoria a largo plazo, como lo es, en este caso, la imagen de las actuaciones de su madre alrededor del chocolate. Estas huellas se han visibilizado entrañadas en objetos físicos que han hecho parte activa y sensible de la experiencia, y más adelante llegan a representar la memoria de manera tácita y fáctica:

El chocolate me recuerda esos días en que mi mamá nos lo daba por la mañana antes de irnos para el colegio. Su olor y su sabor dulce siempre me han gustado. El chocolate también me recuerda las pelotas que ella me daba y que me gustaría dejar atrás. A pesar de eso, yo no le guardo ningún rencor. (Y. Arango, comunicación personal, 15 de marzo de 2021)[final de cita]

Para ellos, estos recuerdos se conservan porque dan sentido a la vida que llevan, y se encuentran impregnados con olores y sabores especiales con los que convivieron en algún momento de sus vidas. Por ello, el *oler* y el *saborear* han activado inmediatamente en las personas un sentido, el cual no es solo corporal, sino también simbólico, en la medida en que este, como signo en un *universo semiótico* (Lotman, 1996) permite configurar los significados que tienen esos recuerdos para la persona que agencia el hecho de remembranza.

De esta manera, el recordar se ha visto en los habitantes de Portachuelo como un acto de

construcción de sentidos, es decir, de un espacio donde se fabrica el significado que ha partido de un acto sensible en el momento en que la persona se ha conectado con el recuerdo. Es aquí donde el concepto de frontera, planteado por Lotman (1996), se convierte en el medio con el que es posible construir una nueva formación de sentido en el instante del encuentro con un texto ajeno o nuevo; esto es, cuando la persona se ha correlacionado con el recuerdo y de ello resulta la construcción de un nuevo significado a partir del hecho evocado. Para Yorladis y don Pedro, el no guardar rencores sino la imagen positiva de la persona que en algún momento los acompañó significa, en sus estados y tiempos presentes, entenderla de forma distinta y cambiar su pensar frente a lo que ellos mismos también pueden ser, después del acto de reflexión que trajo consigo el recuerdo.

En los habitantes del corregimiento hablar sobre la memoria es encontrar una frontera basta con los recuerdos, principalmente con aquellos que se remiten al conflicto y a la violencia que los afectó en algún momento. Es por esto que para don Pedro, la panela, unida al chocolate, también guarda los tiempos duros de su infancia por la violencia arraigada y la cantidad de muertes en la región, pero es algo que no es fácil de expresar por la complejidad de recordarlo: “A uno le da veraquera hablar de esas cosas, pero a nosotros los viejos nos tocaron tiempos muy duros, aquí ya no sorprendía que a fulanito lo mataran, pero sí daba mucha tristeza, mucha zozobra” (P. Correa, comunicación personal, 15 de marzo de 2021), y en medio de esta tensión, los sabores del chocolate y la panela ya no eran iguales, eran sabores amargos, pesados por la cantidad de dolor que no alcanzaba a sostenerse en una memoria a punto de detonar: “A uno no le entraba ni una aguapanela con tanta cosa que pasaba, todo era amargo” (P. Correa, comunicación personal, 15 de marzo de 2021).

Se ha cruzado la frontera a través del chocolate, el café y la panela para encontrar las historias de la infancia; con ellas, se ha construido un significado y un sentido a partir del acto sensible que

posibilitó traspasar el límite y conectarse con otro texto o signo, el cual se tradujo al lenguaje interno de la significación personal de cada individuo. Algo más se ha formado en el interior de sus pensamientos y percepciones, y a la vez se han reconstruido a sí mismos en el proceso de semiosis que han configurado, el mismo que les ha hecho observar y valorar la imagen de su recuerdo de forma distinta porque, finalmente, el descubrimiento de un texto nuevo es siempre una producción de una intensiva formación de sentido (Lotman, 1996).

Por otro lado, la panela, que en ocasiones ha significado momentos dulces para los hogares y sensaciones amargas en medio de llantos y desolaciones, también es posible percibirla como un mediador de las relaciones interpersonales en la comunidad panelera, puesto que ha posibilitado vivir diferentes experiencias personales y sociales alrededor de los relatos de memoria. Para Yenni Tamayo (2021), trabajadora de El Junco, este producto de su tierra elaborado con manos campesinas ha acompañado historias cotidianas de las personas con quienes se comparte una jornada de trabajo y un intercambio de palabras momentáneo: “La panela me gusta porque he compartido con muchas personas en el trabajo. En la casa tampoco nos puede faltar una aguapanela con limón, con chocolate. Nos ha ayudado económicamente al sustento de la familia” (Y. Tamayo, comunicación personal, 15 de marzo de 2021).

La forma que adquiere la panela, en esta práctica de la vida cotidiana que tienen en común los portachueleños, no solo es de violencia. Este producto representa también la imagen y la textura de un compartir en diferentes escenarios. Los pobladores han vivido rodeados de la panela que se produce en su región, y muchos de los relatos de la comunidad giran en torno a ella. Esto les ha permitido reconocer el lugar que tiene cada uno de ellos dentro de la sociedad, pero también conservan la identidad que han ido construyendo a lo largo del tiempo. Es como si la cualidad elástica de la panela, llamada por los campesinos *conejo*, se trasladara a las memorias de sus habitantes,

puesto que la memoria puede estirarse tanto que deje el recuerdo y la emoción contenida al hacerlo. Esta textura elástica y un tanto plástica termina por conducir materialmente una forma de hacer memoria en el municipio, pues en otros contextos esta misma acción puede ser tan pesada o tan frágil que con cualquier movimiento ajeno a su condición *per se* puede hundirse o quebrarse.

- ¿Qué aromas y sabores tiene la memoria de Portachuelo?

En los relatos de memoria de cada habitante del corregimiento se han reconocido los aromas y los sabores de los recuerdos almacenados en diferentes panelarios. Estos nos han permitido descubrir que la memoria puede tener un sabor y un olor, y que cada uno de ellos genera una sensación distinta en el cuerpo de acuerdo con la experiencia vivida. A nuestro modo de ver, los sabores, los olores y los sonidos tienen el poder de evocar emotivamente nuestro pasado y actúan como grandes provocaciones que desencadenan intensas respuestas en nuestra forma de ver el mundo

En este orden de ideas, Ackerman (1990) sostiene que “los olores detonan suavemente en nuestra memoria como minas, ocultos bajo la hierba de muchos años y experiencias, pero basta tropezar con un invisible cable de olor, y los recuerdos explotan al instante” (p. 21). Desde esta noción, los sentidos se convierten en una fuente poderosa de recuerdos, y han estado inscritos en la conciencia de cada individuo y en el andamiaje colectivo. Es así como para los habitantes de Portachuelo, en el primer momento de la creación del panelario, diversos olores han sido los vínculos con los que se han conectado con recuerdos remotos y cotidianos de sus vidas, como lo fue para Eliana Ríos (2021), docente y habitante del corregimiento, quien a través del eucalipto ha revivido el significado que tiene la familia y algunos momentos envueltos en este aroma:

En mi casa se quemaba mucho el eucalipto con el incienso. Mi mamá hacía ese ritual para limpiar la casa y alejar las malas energías (...). Es como un olor

a familia, siempre me recuerda a mi mamá, a esos rituales que maneja ella. Significan amor, limpieza, vida, pero también mucha nostalgia. (E. Ríos, comunicación personal, 8 de septiembre de 2021)

En el encuentro con la creación a través de la panela y las diferentes esencias, como medios para expresar lo que sentimos, los habitantes de Portachuelo han guardado sus historias, deseos y memorias en los panelarios que contienen los aromas y los sabores que sanan. Por medio de ellos han alimentado con el sabor dulce de la panela y con las fragancias frescas de las plantas las vivencias, historias de vidas pasadas y anécdotas de pobladores que en algún momento habitaron la región. Con la exploración de estos materiales se ha remitido enérgicamente, en primer lugar, a la infancia de los participantes, lugar donde se gestaron vivencias de alegría, y en donde los relatos demuestran cómo los múltiples acercamientos con las plantas y la panela llegan a la memoria y se convierten en fuentes de bienestar. De acuerdo con ello, Eliceth Manco (2021), trabajadora del trapiche, cuenta su experiencia:

Estos olores de las plantas aromáticas con la panela me devuelven a mi infancia. Crecí en El Junco, rodeada de muchas de estas plantas y de panela, me traen buenos recuerdos porque era una época donde vivías sin preocupaciones, eras libre corriendo por los campos, yendo al trapiche a comer panela con tus amigos. (E. Manco, comunicación personal, 8 de septiembre de 2021)

Entre tanto, al pensar el corregimiento alrededor de interrogantes como: ¿qué olores y sabores ha tenido Portachuelo?, ¿cuáles han sido sus colores?, ¿a qué sabe el conflicto? La creación comienza a tener un significado: la materialidad de aquello que ya no está. En este segundo momento de creación del panelario se han palpado los relatos de vida campesinos que se remiten al conflicto en la región. Para muchas poblaciones rurales y alejadas de las zonas urbanas es innegable que la violencia se presentó como la única opción de vida, y en las historias de los pobladores ha sido notable cómo los recuerdos amargos han estado siempre guardados por la necesidad de no olvidar la memoria del pueblo, hasta el

punto de que las personas que no vivieron el hecho de manera presencial, también lo guardan como un suceso que les pertenece y que ha atravesado sus trayectos de vida en el territorio.

El aroma también se descubre en el conflicto y ha dado una condición de vulnerabilidad a la comunidad. Para los habitantes de Portachuelo, los sabores y olores del pasado, aún con el pasar de los años y de las gentes, siguen vivos en el presente, como lo hace saber E. Manco (2021), pues para ella el pasado del corregimiento “sabe a sangre; es un pasado amargo, lleno de miedos por tanta violencia que atravesó el corregimiento años atrás” (comunicación personal, 9 de septiembre de 2021). Su experiencia ha sido testigo de los cambios que ha tenido su tierra y de los acontecimientos que colorearon fuertemente la región. Para ella, el corregimiento también:

Olía a sangre, sus colores eran el rojo de la sangre derramada en las calles y caminos de Portachuelo, y el negro del miedo y zozobra con el que se vivía antes y por el luto de todos sus muertos causado por la violencia. (E. Manco, comunicación personal, 9 de septiembre de 2021)

En otros testimonios, las percepciones sobre el corregimiento han sido compartidas, sus expresiones demuestran cómo las vivencias del conflicto llegaron a tener colores, sabores y olores definidos, pues fueron los que representaron claramente el dolor que se sintió. Para don Pedro Correa en otra de sus historias de vida guardadas en el panelario: “Portachuelo olía a sangre, a violencia, a temor de circular por nuestras calles, tenía colores grises y rojos” (comunicación personal, 9 de septiembre de 2021). Así mismo, Yorladis (2021), quien no fue testigo directo del conflicto, sabe plenamente el horror que se vivió a través de las historias de la comunidad y las secuelas que quedaron marcadas en ella: “Olía a sangre, a violencia, a miedo, a temor. Tenía colores grises y tristes” (Y. Arango, comunicación personal, 9 de septiembre de 2021). El no ser un testigo directo del conflicto no significa que no se pueda palpar las huellas sensibles de terror, que quedan plasmadas en la memoria y que

difícilmente se vencen y se olvidan. ¿Quién se acostumbra al horror, a la desolación? Una pregunta que aún sigue sin responder en la comunidad.

El resultado que esta violencia originó, en la mayoría de las ocasiones, fue la desintegración y desunión de las familias, quienes antes luchaban con ahínco por su territorio. Lo expresa así doña Marleny Arango (2021), trabajadora del trapiche: “El pasado de Portachuelo lo considero con un sabor agri dulce por tantos conflictos y tantos problemas que desintegraron la comunidad y el temor de vivir en este lugar” (comunicación personal, 9 de septiembre de 2021) y, así mismo, lo ratifica Correa, cuando expresa que su corregimiento:

Sabe a violencia, a sangre, amargura, desintegración, desunión, ya que solo se escuchaban los lamentos de la comunidad por todo lo que sucedía. Aunque ha pasado tanto tiempo no deja de ser melancólico, triste, por tantas cosas malas que suceden en este lugar. (Comunicación personal, 9 de septiembre de 2021)

Para Ackerman (1990), los olores pueden ser abrumadoramente nostálgicos y su poder es tal que desencadenan imágenes y emociones, incluso antes de que se tenga tiempo de precisarlas. Es así como descubrimos que el aroma que llega a nuestro cuerpo, proveniente de diferentes estímulos sensoriales, es una condición inherente al ser humano con la que se logra comprender la realidad y, en esta vía, se convierte en una forma exploratoria con la que se puede conectar la memoria de un individuo y la de una comunidad. Para Le Breton (2009), “los sentidos se corrigen, se relevan, se mezclan, remiten a una memoria, a una experiencia que toma al hombre en su integridad para dar consistencia al mundo” (p. 46). En relación con esto, los aromas han sido formas innatas con las que las personas han activado el recuerdo y se han remitido a sus memorias sin ningún otro tipo de signo o código de por medio. Como resultado, comprendemos el olor como una configuración semiótica que deviene de la significación, dado que los sentidos intervienen en nuestra relación con el mundo por medio

de la condición simbólica que les otorga el hombre para proyectar significados sobre el entorno.

A raíz de los actos de violencia, para los habitantes de Portachuelo, la panela ha sido un elemento esperanzador, el mediador de una nueva vida surgida de los vestigios de la guerra que lastimó sus viviendas, calles, montañas, quebradas y las vidas de quienes habitaron allí. Ante todo, ha sido el proveedor de un nuevo significado para apaciguar el dolor y recuperar nuevamente una producción para seguir alimentando la confianza y lo bueno que se ha destacado el territorio. Para muchos de ellos, incluso para los que no trabajan con panela, el sabor que esta va adquiriendo con el tiempo es de valentía y resistencia. Así lo enuncia Ríos (2021) cuando dice que la panela “sabe a fuerza, a ganas de salir adelante, a superación, porque a pesar de haber vivido la violencia tan de cerca, la superaron y aún siguen luchando por una mejor calidad de vida” (comunicación personal, 9 de septiembre de 2021). Por tanto, la panela ha sido el arma de lucha para subsanar heridas, generar empleo y volver a construir lazos sociales y familiares que una vez fueron desbaratados por la injusticia. De allí que, para los habitantes de esta zona, los olores y sabores de la región adquieran otros matices de significación:

Hoy día se puede caminar libre por sus calles, sin el temor de encontrar chorros de sangre. Hoy se ha recuperado un poco la tranquilidad, la esperanza de ser un mejor territorio. Hoy sus colores se sienten con más brillo, sus olores se sienten con más fuerza, ese olor a caña de azúcar, a panela, olores que llenan de tranquilidad y nos llenan de esperanza. (E. Manco, comunicación personal, 9 de septiembre de 2021)

Una vez comprendida cómo se conserva la memoria mediante sus sabores y aromas, pasamos a conocer cómo la panela debe pasar por un proceso de maceración para ablandar el recuerdo por medio de un rallador. En este punto, nos preguntamos por qué se maceran los recuerdos; esto nos permitió descubrir que este acto genera un alivio al asociar esta acción con el proceso para liberarse de recuerdos pesados o dolorosos. El corpus que se presenta a continuación da cuenta de un proceso que surgió en la práctica, y

que nos permitió reconocer la memoria como una manifestación sensible que se conecta con elementos con los que hemos interactuado en el entorno y en nuestro pasado. Es de esta forma como surgieron los relatos y las historias anteriormente observadas.

- Aromas y sabores que sanan: macerando los recuerdos.

En el recorrido de la creación de los panelarios, hemos descubierto la importancia de construir un proceso que incluya diversas etapas del recuerdo, para darle un sentido reparador y sanador a las memorias de conflicto que se han perpetuado en la comunidad. Teniendo en cuenta los resultados en las conversaciones alrededor de los panelarios y en los encuentros identificamos que el tránsito para llegar a la memoria y liberar los momentos de dolor debe pasar por cuatro bases esenciales, a través de las cuales se pueda experimentar cómo el contacto con la panela, su transformación y el reconocimiento de diversos olores de plantas y esencias promueven otros escenarios de diálogo que permiten reconocer un carácter sinestésico en los relatos de vida, plasmados en sus diversas manifestaciones de lenguaje. Estas manifestaciones pueden ser: la palabra escrita, la creación con panela, la mezcla de aromas, etcétera, que son los que impulsan a los participantes a compartir sus historias. Las fases las hemos descrito así:

Primera fase

Macerando los recuerdos. ¿Qué sucede cuando hay recuerdos pesados y duros? Se maceran para volverlos livianos y transformar la memoria en algo maleable, líquido y suave que se pueda cargar; ¿qué hacer cuando hay recuerdos amargos? Endulzarlos con el sabor de la panela para convertirlos en miel de esperanza y en alimento de sanación. Fue así como a través de la maceración de la panela se pudieron disipar las cargas de las memorias de conflicto y violencia, al mismo tiempo en que se pudo reconocer las formas que puede tener la memoria en el proceso de transformación de dicho producto. Finalmente, de acuerdo con las percepciones y las vivencias que marcaron de manera diferente a cada integrante de la comunidad, resulta significativo

preguntarse qué es lo que se macera y por qué es importante macerar los recuerdos.

Segunda fase

Aromas y sabores de mi tierra. ¿Cuáles son los sabores y olores de los recuerdos?, ¿el aroma puede ser alivio y sanación? Los aromas y los sabores activan recuerdos, pero estos también pueden ser un mecanismo de sanación; algunas plantas tienen el poder de curarnos, y el recuerdo, como las plantas, alivia las heridas que ha dejado el conflicto. Son postulados e interrogantes que han permitido incursionar en los aromas y sabores amargos, dulces, pesados y fétidos que han tenido las memorias de la comunidad. Por tanto, la conexión con las plantas y las esencias condujo a impulsar el instante de aromatización de los recuerdos con nuevos olores frescos y renovados, que mantienen viva la esperanza y el olor a paz anhelado por cada raíz que fue arrancada con las pisadas de la guerra; también a querer aliviar las heridas por medio del poder sanador de las plantas.

Tercera fase

Escribir para liberar. ¿Para qué plasmar los recuerdos en el papel?, para liberar las cadenas y ataduras del conflicto y para hacer consciente el hecho de violencia que se vivió. Descubrimos la conveniencia de consignar en el papel mediante palabras, figuras o dibujos los recuerdos o las historias de vida que se deseaban liberar o aquellas que se esperaban conservar, aromatizar, alimentar o sellar en la reserva del panelario. La escritura se convirtió en el mecanismo de concienciación de las afectaciones emocionales y materiales que dejó el conflicto, lo cual permitió reconocer los procesos que emprende la comunidad para hacer frente a las dificultades y comprender la memoria producto de una historia.

Cuarta fase

Panelarios de paz. ¿Para qué crear un panelario que guarda los aromas y sabores de la paz? Para conservar la memoria y transformar sus sentidos de violencia en mensajes de paz, esperanza y convivencia. En esta última fase los habitantes del corregimiento reunieron todos los elementos necesarios para

conservar sus recuerdos significativos o para liberar los negativos, especialmente aquellos que siguen afectando física y emocionalmente la población. Por medio de esta creación, los integrantes pintaron las formas de sus recuerdos con los colores que mejor expresaron sus sentimientos y formas de conectarse con el instante.

En este ejercicio logramos observar cómo los participantes evocaban recuerdos y lo que sentían con cada historia contada. Al sentir la textura, el olor y el sabor de la panela, los integrantes narraron sus experiencias con los trapiches y con el dulce en la cocina. Otros también manifestaron cómo empezaron a sentir que sus cargas se convertían en pesos más livianos. Fue en este proceso de maceración del recuerdo a través de la panela que una integrante comentó cómo había sido su desplazamiento forzado junto a sus hijos y nietos, y cómo el dejar todo lo que hacía parte de su vida—su casa, animales y su tierra—la marcó desde ese momento. Al narrar su historia, la integrante dejó descubrir en sus palabras cómo al paso en que se iba macerando, también se iba liberando la aflicción de ese recuerdo, convirtiéndolo en polvo y en algo liviano. Gracias a esta acción de desmenuzar lo recordado pudo expresarse con valentía:

La carta llegó a las seis de la tarde debajo de la puerta, tenía tres horas para salir. Y hacia ocho días había rescatado a mi hijo mayor, quién apenas tenía trece años. Todo esto pasó porque no permití que mi hijo fuese parte de ese grupo armado. Al rayar la panela y observar cómo se deshace me recuerda esos duros momentos, porque yo tenía mi trapiche, yo buscaba a la gente de la cuadra y nos íbamos a moler, nosotros hacíamos miel porque no teníamos fondos. Entonces, eso lo hace recordar a uno. Uno de los que nos hizo daño llegó donde yo estaba pidiéndome ayuda porque lo iban a matar. Yo cuando lo vi le dije que sí también nos iba a sacar de aquí, y dijo: “No mujer, vengo a pedirle perdón y que me deje quedar dos días acá. Usted sabe, vieja, el que juzga será juzgado, y a mí me juzgaron muy duro, me mataron a mi hijo, violaron a mi hija y a mi mamá la golpearon y nadie me quiere ayudar”. Yo lo recibí, duró tres días y se fue porque la hija lo llamó y se hizo cargo de él. A veces me llama y me dice:

“Gracias a usted yo estoy vivo todavía”. (M. Arango, comunicación personal, 9 de septiembre de 2021)

A continuación, pasamos a otro apartado donde se presenta cómo la metáfora se ha convertido en ese factor, no solo conceptual, sino de experiencia con el que se teje cada momento de vida de los participantes, dejando así una primera inquietud por resolver: ¿es la metáfora una de las tantas formas del significado? Miremos una aproximación a ello desde la concepción del *conflicto* que manifiestan los habitantes de este territorio.

La metáfora: un recurso simbólico que conecta nuestras vivencias con el significado

¿A qué huele el conflicto? El conflicto huele a sangre y sabe amargo, es de color rojo, gris y negro. Son las percepciones con las que coincide la mayoría de los participantes para significar el hecho de violencia: es negro porque plagó la región de oscuridad y no permitió ver ni entender con claridad lo sucedido; es gris porque la violencia hizo que todo se tornara nublado, y que solo hubiese dudas y rencores en el corazón de Portachuelo; y es rojo, porque rojo significa la sangre y la muerte. Sus olores no pueden ser otros distintos al de la podredumbre, la hiel y la misma sangre y muerte.

El conflicto, más que un concepto metafórico, ha sido toda una experiencia de vida del campesinado, y en ella ha sido posible revelar una dimensión física del olor y el sabor de la que solo ahora han sido conscientes cada uno de los habitantes a través de sus propios relatos. Estos sabores y olores representan la realidad en que cada uno vio y sintió la violencia, por tanto, la manera como se comprende este fenómeno que rozó el cuerpo y los sentidos, que dejó huellas en la piel y sensaciones de colores que pintaron sombríos paisajes. Para Lakoff y Johnson (1986), las experiencias básicas que tenemos dan lugar a metáforas, dado que las vivencias con objetos físicos, especialmente con nuestros propios cuerpos, que proporcionan la base para una amplia variedad

de metáforas ontológicas, las cuales son formas de considerar y comprender los acontecimientos, emociones e ideas como entidades y sustancias de nuestra realidad.

Es así como el olor a sangre que perciben los portachueleños, con relación a la violencia, constituye una metáfora olfativa que da a conocer cómo el conflicto fue vivido en la comunidad. En consecuencia, el conflicto se comprende alrededor de lo que significa la sangre: una entidad o sustancia que se visualizó, se olió y se internalizó en los habitantes como una perpetuación y huella de violencia. Gracias a estas experiencias sociales y físicas, que fueron compartidas por muchos en el momento de los hechos, se activaron metáforas que dan significado al suceso recordado, para así convertirse en un signo de la cultura, pues la sangre se mezcló con los diferentes escenarios de vida del universo semiótico que configura al corregimiento.

En la creación de los panelarios las metáforas olfativas que se visualizaron en materia del conflicto también se modalizaron en metáforas plásticas que incorporaron las formas, los olores, los sabores y los colores de la experiencia de violencia en los pobladores. Los panelarios que contienen estos relatos de memoria aromáticos se pueden degustar, oler, moldear y crear, lo que hace que se contemplen como metáforas plásticas que contienen las memorias sinestésicas de la comunidad, dado que las emociones y sentimientos que se desprenden de los recuerdos del hecho de violencia también se materializan en objetos y acciones que se pueden obtener, alcanzar, sentir y transformar.

Cuando los relatos de memoria se moldean, se transforman y se guardan en los panelarios, como lo han hecho los integrantes con las características olfativas del conflicto, la metáfora construye el sentido de estas acciones, a la vez que configura el significado de la vida misma, ya que con ella proporcionamos un sentido a nuestras realidades. Por tanto, el aroma se convierte en un recurso signico que permite que las relaciones de sentido concebidas alrededor de la experiencia del olor sean mucho más fuertes, pues esta acción hace

que, al momento de percibir un aroma, inmediatamente evoquemos un recuerdo y este nos lleve a la emoción o sentimiento asociado que da el soporte a la significación.

La metáfora es por consiguiente la base que subyace de las memorias sinestésicas de la comunidad. En esta creación los sentidos han intervenido y nos han brindado todas sus posibilidades físicas para atraer las sensaciones que podemos experimentar con diferentes materiales, que pueden estar cargados de significados especiales para las personas que los puedan relacionar con su experiencia de vida, como lo es la panela en esta comunidad. En esta medida, se descubre no solo un sentido físico, sino también simbólico, puesto que nos permite despertar sensaciones internas, recuerdos del pasado, nuevas experiencias y aprendizajes a raíz de lo que sentimos.

Para Howes y Classen (2014), la sinestesia también juega un papel importante en el lenguaje en forma de metáfora, pues para captar los matices son necesarias las palabras, pero a veces no existen los términos precisos, más que las expresiones metafóricas para describir un pensamiento, un sentimiento o una emoción del momento dado. Con esto es posible deducir que la metáfora es un fenómeno psíquico y social que se inserta en un lenguaje cotidiano compartido por una comunidad. Al mismo tiempo, la memoria también se convierte en una materia metafórica, puesto que por medio de ella se han descrito los recuerdos y las formas de percibir los hechos vividos con olor a sangre.

La memoria, cargada de olvidos, desajustes, imágenes y sensaciones se ha manifestado en medio del acto creativo al tocar, oler, degustar y visualizar, y después de ello se ha construido una memoria sensible que ha surgido y se ha conectado de manera especial con la persona que sintió la creación. Por tanto, si el recuerdo que sustenta la memoria tiene un sabor y un olor, una forma y un color, podemos inferir que esta tiene la posibilidad de entenderse metafóricamente. Por otro lado, la sinestesia, más allá de un entrecruzamiento de

los sentidos, nos conecta con nuestro entorno y proyecta significados sobre él. Al mismo tiempo, nos adhiere a nuestra memoria pasada, pues esta, como lo afirma Ricoeur (2008), es del pasado o se produce cuando ha transcurrido el tiempo, y es allí donde las afecciones y los objetos se vinculan con el recuerdo para darle un sentido a través de la metáfora o la comparación mediante la cual es exteriorizado en la palabra. Por lo tanto, la sinestesia y la memoria son fenómenos del lenguaje humano porque se pueden expresar de manera metafórica. Es allí donde comprendemos cómo los relatos permiten reconocer el lenguaje que utilizamos para dar a conocer lo que vivimos y la manera como lo comprendemos.

Conclusiones

La realización de este proyecto en el área rural del municipio de Amalfi, Antioquia, nos permitió reconocer la importancia de implementar procesos de memoria y sensibilización en las regiones, en la medida que se comprende el acto formativo como un espacio de acompañamiento para la transformación de las comunidades que han sido afectadas por la violencia, concretamente por el conflicto armado del que ha sido testigo gran parte del territorio colombiano. Además, identificamos que el acercamiento hacia el sentir y las percepciones que tienen las personas acerca del hecho de violencia o las experiencias vividas, a través de un ejercicio mediado por la creación artística y sensible, tiene grandes resultados, más que otro tipo de estrategias encaminadas a la recolección de datos cuantificables, para recuperar la memoria y darle otro significado a partir de las historias y relatos. De nada sirve aprender *qué es el lenguaje*, si no se descubre el valor que este tiene cuando hace parte del trayecto de vida de las personas, del proceso de acompañamiento para entender al otro.

En este caso, la elaboración de los panelarios con los aromas y sabores del corregimiento se convirtió en un proceso de sensibilización, el cual permitió configurar escenarios de memoria a través de creaciones sinestésicas en la comunidad panelera,

para reconocer las huellas del pasado y establecer nuevas miradas a partir de él. En este contexto, el procedimiento para hacer la panela ha sido una forma para hacer lenguaje, para hablar de la memoria como un fenómeno sinestésico, ya que esta se ha activado mediante el contacto con dicho producto y con la estimulación de los sentidos y, de esta forma, se han generado experiencias representativas en el corregimiento. Este producto que por muchos años ha acompañado esta zona se transformó en un medio de expresión artística y despertó en los habitantes sentimientos, emociones, recuerdos y sensaciones que han dado a conocer los signos inmersos en las historias de vida y las formas particulares de comprender y referirse al conflicto.

Por otro lado, es posible afirmar que, en este recorrido, la memoria, luego de ser activada y relacionada con las percepciones del presente, se construye a partir de metáforas que se encuentran expuestas en los relatos e historias de la comunidad. En nuestro proceso, las metáforas olfativas han jugado un papel importante en la configuración de los relatos, pues se han evidenciado olores característicos como el de la sangre, que dan a entender la forma en que los habitantes de Portachuelo vivieron el conflicto y comprendieron las acciones que se desprendieron de los hechos acaecidos. La sangre es, por tanto, una materia perteneciente a esta experiencia de vida, y una vez identificada como una sustancia que expresa el dolor vivido, se ha razonado sobre ella como un símbolo de la cultura del corregimiento, el cual está cargado de los contenidos y significados que se gestaron en este contexto.

En síntesis, la observación, el compartir, la creación y, principalmente, el diálogo fueron los mediadores para descubrir lo que siente la comunidad. Con esta idea pensamos que el conocimiento, antes de concebirse como una construcción de pensamiento, primero se siente para luego razonar sobre él y reconocer su valor en la sociedad que lo comparte. Mediante el diálogo se pudo detectar la tristeza, la alegría, la confianza y otras sensaciones presentes en la comunidad, y esto se

convierte en un conocimiento que se ha sentido, que da a conocer cómo se ha vivido el conflicto en diferentes regiones y cómo se configura la cultura alrededor de las experiencias. Este conocimiento ha atravesado los cuerpos de los habitantes permitiendo entender una realidad que luego será conceptualizada. Es de esta forma como en el corregimiento de Portachuelo, el conflicto se ha sentido como algo devastador en las vidas de cada habitante y por medio de esa sensación se ha comprendido sus efectos e implicaciones. Por tanto, el conocimiento y los hechos que se han vislumbrado por medio del diálogo con la comunidad han permitido descubrir que las teorizaciones que se construyen alrededor del conflicto y la violencia son producto de las percepciones de quienes han vivido y sentido el hecho en su cuerpo y mente.

Referencias

- Ackerman, D. (2000). *Una historia natural de los sentidos* (C. Aira, Trad.). Anagrama. (Trabajo original publicado en 1990).
- Ander-Egg, E. (1991). *El taller: una alternativa para la renovación pedagógica*. Magisterio del Río de la Plata.
- Álvarez, K. P., Medina, A. y Mosquera, L. A. (2021). *Memorias sinestésicas: lenguajes y escenarios de vida en la comunidad panelera (El Junco del corregimiento de Portachuelo en Amalfi - Antioquia* [Trabajo de grado profesional Universidad de Antioquia]. Repositorio Institucional Udea.
- Ghiso, A. (2000). Potenciando la diversidad: diálogo de saberes, una práctica hermenéutica colectiva. *Aportes*, 53, 57-71.
- Guber, R. (2019). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Siglo XXI editores.
- Howes, D. y Classen, C. (2014). *Ways of Sensing. Understanding the senses in society*. Routledge.
- Lakoff, G., y Johnson, M. (1986). *Metáforas de la vida cotidiana*. Cátedra.
- Le Breton, D. (2009). *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*. Nueva Visión.
- Lotman, Y. (2000). *La semiosfera* (D. Navarro, Trad.). Ediciones Cátedra. (Trabajo original publicado en 1996).
- Ricoeur, P. (2007). *La memoria, la historia y el olvido* (A. Neira Calvo, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en el 2000).
- Urueña, J. (2021). La investigación sensible, una forma de armonizar los proyectos educativos en realización audiovisual y multimedia. En M. I., Duque (Comp.), *Aportes de la investigación cualitativa con enfoque hermenéutico a la didáctica de la educación superior* (pp. 70-89).

